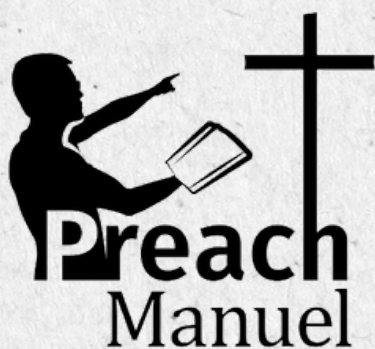




Comentario al
texto bíblico

PRIMERA Y
SEGUNDA
A LOS
CORINTIOS

UNIDAD EN CRISTO

III TRIMESTRE - 2026

FACULTADOS EN TODAS LAS COSAS

“Gracias doy a mi Dios siempre por vosotros, por la gracia de Dios que os fue dada en Cristo Jesús; porque en todas las cosas fuisteis enriquecidos en él, en toda palabra y en toda ciencia” (1 Corintios 1:4-5).

Antes de adentrarnos en la solicitud del apóstol Pablo por la unidad de los creyentes corintios, es necesario que conozcamos el poder que, según sus propias palabras, **habilita y enriquece la mente “en toda ciencia”**.

Se trata de la gracia dada en Cristo. La nueva vida que viene del Espíritu es capaz de facultar al ser con todo don necesario para el cumplimiento de la voluntad divina. Comprendiendo esto, podemos concluir que **Dios no exige nada que Él mismo no esté dispuesto a dar** por medio de su poder.

*“Así como el testimonio acerca de Cristo ha sido confirmado en vosotros, **de tal manera que nada os falta en ningún don**, esperando la manifestación de nuestro Señor Jesucristo; el cual también os confirmará hasta el fin, para que seáis irrepreensibles en el día de nuestro Señor Jesucristo” (v. 6-8).*

FACULTADOS EN TODAS LAS COSAS

Reflexionar sobre esto nos lleva a una profunda comprensión del amor misericordioso de nuestro Padre celestial. Él conoce nuestras debilidades y no demanda lo que, en una humanidad débil, sería imposible para el desvalido agente humano.

Sabiendo esto, podemos responder fielmente a sus promesas.

“Fiel es Dios, por el cual fuisteis llamados a la comunión con su Hijo Jesucristo nuestro Señor” (v.9).



UN MISMO SENTIR EN CRISTO

“Os ruego, pues, hermanos, por el nombre de nuestro Señor Jesucristo, que habléis todos una misma cosa, y que no haya entre vosotros divisiones, **sino que estéis perfectamente unidos en una misma mente y en un mismo parecer**” (1 Corintios 1:10).

Es una realidad que, en cualquier grupo de personas, habrá opiniones diferentes. Esto es cierto también en la iglesia; sin embargo, aun dentro de la diversidad de criterios debe existir unidad en el cuerpo de Cristo, y esto solo se logra unificando a cada creyente bajo un mismo parámetro:

“Porque ¿quién conoció la mente del Señor? ¿Quién le instruirá? **Mas nosotros tenemos la mente de Cristo**” (1 Corintios 2:16).

Aunque parezca impactante, la verdadera unidad no se produce en torno a la misión; **se produce en Cristo**.

La iglesia como cuerpo puede tener el objetivo común de la evangelización del mundo, pero si sus miembros no tienen la mente de Cristo, tarde o temprano se generarán divisiones por motivos personales. Solo a través de Jesús la autosuficiencia será anulada para lograr la verdadera unidad en el Espíritu.



UN MISMO SENTIR EN CRISTO

Por este motivo, el apóstol Pablo nos amonesta a tener el mismo sentir de Cristo:

*“Haya, pues, en vosotros este sentir que hubo también en Cristo Jesús, el cual, siendo en forma de Dios, no estimó el ser igual a Dios como cosa a que aferrarse, **sino que se despojó a sí mismo**, tomando forma de siervo, hecho semejante a los hombres; y estando en la condición de hombre, se humilló a sí mismo, haciéndose obediente hasta la muerte, y muerte de cruz” (Filipenses 2:5-8).*

El desapego al “yo” es el sentir de Cristo. Al obtener la mente del Salvador, los intereses personales son puestos a un lado para dar paso al amor desinteresado y sincero. Experimentando esta transformación, el ser humano, en otro tiempo egoísta y velador de sus propios anhelos, ahora vive para cumplir la voluntad de su Señor en compañía de sus hermanos.

Es por eso que ni los credos ni las posturas corporativas, por buenas que sean, pueden garantizar la unidad. Solo la mente de Cristo en cada creyente puede garantizar la perfecta sintonía en la misión cimentada en la verdad de la Palabra.



UN SOLO DISCIPULADO

“Porque he sido informado acerca de vosotros, hermanos míos, por los de Cloé, que hay entre vosotros contiendas” (1 Corintios 1:11).

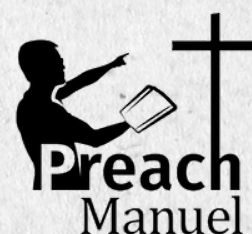
Lamentablemente, la iglesia en Corinto aún no había experimentado la verdadera unidad en Cristo. Cegados por el orgullo, contendieron entre sí defendiendo el nombre de sus maestros terrenales, cuando sus ojos debían permanecer fijos únicamente en el verdadero Maestro.

*“Quiero decir, que cada uno de vosotros dice: Yo soy de Pablo; y yo de Apolos; y yo de Cefas; y yo de Cristo. **¿Acaso está dividido Cristo? ¿Fue crucificado Pablo por vosotros? ¿O fuisteis bautizados en el nombre de Pablo?**” (v. 12-13).*

Pablo incluso se alegró de no haber bautizado a muchos de ellos, ya que el cisma hubiese sido mucho mayor:

*“Doy gracias a Dios de que a ninguno de vosotros he bautizado, sino a Crispo y a Gayo, **para que ninguno diga que fuisteis bautizados en mi nombre**” (v.14-15).*

Por este motivo, no es extraño que el apóstol amonestara fuertemente a los corintios catalogándolos como carnales:



UN SOLO DISCIPULADO

“porque aún sois carnales; pues habiendo entre vosotros celos, contiendas y disensiones, ¿no sois carnales, y andáis como hombres?” (1 Corintios 3:3). Para erradicar este problema, era necesario que los creyentes murieran a la carne y fuesen resucitados en el Espíritu, como el mismo Pablo describió en otra epístola:

*“Pero si Cristo está en vosotros, el cuerpo en verdad está muerto a causa del pecado, mas el espíritu vive a causa de la justicia. **Y si el Espíritu de aquel que levantó de los muertos a Jesús mora en vosotros, el que levantó de los muertos a Cristo Jesús vivificará también vuestros cuerpos mortales por su Espíritu que mora en vosotros**”.* (Romanos 8:10-11).

Este tipo de divisiones en torno a figuras humanas crea “escuelas de pensamiento” que terminan por apartar las miradas de Cristo. La iglesia del tiempo actual también sufre las consecuencias de estas desviaciones, por lo que es fundamental, ahora más que nunca, que reconozcamos a Cristo como único Maestro y guía de su pueblo.



FIELES ADMINISTRADORES DE LA GRACIA

“Así, pues, téngannos los hombres por servidores de Cristo, y administradores de los misterios de Dios” (1 Corintios 4:1).

Lejos de considerarse alguien digno de recibir servicio, el apóstol Pablo se definía a sí mismo como un servidor. Su trabajo como apóstol consistía en **administrar el misterio de la gracia de Dios a todos los hombres**, y nunca se glorió de sus propias habilidades o formación.

Un gran problema que ha afectado a la iglesia en todas las épocas es que **mientras los cristianos leen menos la Biblia, más siguen a los hombres**. No en vano está registrado en la palabra profética: *“maldito el varón que confía en el hombre, y pone carne por su brazo, y su corazón se aparta de Jehová”* (Jeremías 17:5). Pablo lo sabía, y por eso advertía a los corintios sobre este mal.

“Puesto que muchos se glorían según la carne, también yo me gloriaré; porque de buena gana toleráis a los necios, siendo vosotros cuerdos. Pues toleráis si alguno os esclaviza, si alguno os devora, si alguno toma lo vuestro, si alguno se enaltece, si alguno os da de bofetadas” (2 Corintios 11:18-20).

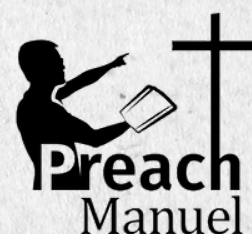
FIELES ADMINISTRADORES DE LA GRACIA

En la iglesia de Corinto, incluso habían incursionado maestros de origen judío, jactándose de sus reputaciones y procedencias para aprovecharse de la congregación, hasta el punto de exigir dinero por sus enseñanzas.

Pablo, sabiendo que era insensato que él mismo se glorificara, hace relucir el hecho de que su “currículum” como apóstol es igual o mejor que el de tales maestros. No obstante, a ellos les faltaba algo fundamental:

*“¿Son hebreos? Yo también. ¿Son israelitas? Yo también. ¿Son descendientes de Abraham? También yo. ¿Son ministros de Cristo? (Como si estuviera loco hablo.) **Yo más; en trabajos más abundante; en azotes sin número; en cárceles más; en peligros de muerte muchas veces.** De los judíos cinco veces he recibido cuarenta azotes menos uno”.*

“Tres veces he sido azotado con varas; una vez apedreado; tres veces he padecido naufragio; una noche y un día he estado como náufrago en alta mar; en caminos muchas veces; en peligros de ríos, peligros de ladrones, peligros de los de mi nación, peligros de los gentiles, peligros en la ciudad, peligros en el desierto, peligros en el mar, peligros entre falsos hermanos; en trabajo y fatiga, en muchos desvelos, en hambre y sed, en muchos ayunos, en frío y en desnudez” (v. 22-27).



FIELES ADMINISTRADORES DE LA GRACIA

El estar dispuesto a padecer como Cristo es lo que identifica a un verdadero discípulo. Lejos del nivel académico o de los logros profesionales, un verdadero maestro del evangelio está dispuesto a enseñar aun cuando tenga que hacerlo en circunstancias desfavorables. El hambre, el frío, la persecución no pueden arrancar del corazón el amor por el Salvador, y será este el impulso de todo verdadero discipulado.

Pidamos al Señor este sentir y seremos como Pablo, servidores del Cordero.

¡Que esta breve guía sea usada por Dios para tu edificación!